



LA IGLESIA DE LOS TEMPLARIOS EN CEYNOS.

Muchas son las poblaciones de Castilla que pretenden conservar vestigios de aquella heroica cuanto desventurada caballeria. En nuestras investigaciones arqueológicas por el país, hemos tenido ocasión de observar tan significativo interés. Examinando templos vetustos y ruinosas fortalezas, siempre hallamos algun sencillo campesino que nos dice con cierto énfasis: *eso fué de los templarios*. Y apenas hay murallon aporillado ni ruina misteriosa que en la imaginación del vulgo no haya sido morada de los soldados del templo de Salomon.

Esta coincidencia no es efecto de pura y simple casualidad. Pudimos al principio creerlo así; mas tantas veces la vimos repetirse, que al fin paramos la atención y reflexionamos con formalidad sobre ella. Y reducidos todos los hechos aislados á un conjunto conexo y gradual en filosófica síntesis, vinimos á concluir por la esplicación natural del fenómeno. Para nosotros es una cosa evidente y clarísima: ese afán de las gentes por mantener vivo el recuerdo de la órden famosa; esa tendencia de los pueblos á enlazar su historia con la existencia de la milicia insigne; ese interés por poseer una prenda venerable de su dramática memoria; se traducen por una clave muy fácil y segura; el afecto tradicional; la simpatía profunda de la opinión hácia aquellos valientes y tristes caballeros. Y esta adhesión se explica tambien muy cabalmente. Los templarios vinieron á nuestro país desde la tierra santa con el prestigio de los héroes y la aureola de los penitentes. Y tocando en la imaginación del pueblo las dos cuerdas mas excitadas entonces, hablando á los instintos en aquella edad predominantes, cuales eran el amor á la gloria y el entusiasmo por la religion, simbolo complejo del patriotismo, identificaron desde luego su existencia con el interés y el ardimiento nacional. Aquellos paladines que llegaban de la tierra santificada por los pasos del Redentor, que habian lavado en los místicos raudales del Cedron las heridas alcanzadas de la cimientarra infiel, y que acababan de abandonar la morada de los prodigios del Señor; aquellos soldados que acampáran poco antes bajo las palmeras de Jericó y sobre las rocas del Carmelo; aquellos peregrinos que consiguieron oír el eco de sus plegarias en las auras consagradas por el canto de los profetas y el salterio de las vírgenes, no podían menos de impresionar hondamente el sentimiento de un pueblo piadoso y bizarro. Y los adalides que á la sombra del *Baucat* (1) se arrojaban á la pelea entonando por cántico de guerra el salmo glorificador; los campeones que, cual fantásticas falanges de candidas vestes y flamígeros

(1) Estandarte de la órden del Temple, compuesto de dos fajas, una blanca y otra negra, que unidas le dan forma rectangular. Marchaba á la cabeza en las batallas; los caballeros le seguían silenciosos. El mestre daba la señal del ataque; los comandadores transmitían la órden con la bocina ó trompa militar; y entonces entonaban todos el versículo de David: *Non nobis, Domine, non nobis, sed nomini tuo da*

aceros, arrollaban con tremendo empuje las huestes de Ismael; los hombres heroicos que regaban con su sangre el árbol de la patria en los campos del honor y de la victoria, tenían que cautivar el corazón de unas generaciones entusiastas y generosas. Los templarios pues llenaban las condiciones de su época. De aquí su engrandecimiento, su popularidad, su eterna reputación.

Esta circunstancia ingénita, cardinal en la milicia del Temple hizo naturalmente muy dramática é interesante su existencia. Por eso cada día se aumentaban su influjo, su fascinación sobre el siglo. Los pueblos con su fantasía impresionable y voraz siempre tienden á lo maravilloso, y resisten la realidad de formas ilusorias, amplificándola á imaginarias dimensiones. Así es que los templarios, grandes por sí mismos, hicieron colosos en la cámara ardiente de la óptica popular. Su género de vida, su régimen misterioso, sus costumbres ascético-militares, la organización poderosa de la órden, sus hazañas en toda la cristiandad, el bizarro y distinguido personal de sus caballeros, la rodeaban de cierto vapor ideal y mágico, muy á propósito para excitar la imaginación pública y crear deslumbrantes y romancescas ilusiones.

Mas esa nube de poesía y de prestigio que la elevó á los ojos de sus alucinados admiradores, y tanto contribuyera para su prepotencia, fué tambien la causa de una tremenda caída. Sus enemigos con habilidad profunda comprendieron que ella era el punto vulnerable, y que bien explotada, herian al Temple en el corazón. La lucha con este motivo sostenida entre ellos y la órden, hizo mas episódica su existencia. Y el trágico desenlace concluyó por atraer la atención de la posteridad. Pues la misteriosa tradición de aquella hecatombe atroz mantuvo vivo el interés hácia la valerosa y atribulada milicia. Y como las grandes catástrofes causan en el ánimo general una compasión, un movimiento de ternura, la caída del Temple excitó en su favor la impresionabilidad de las gentes, que en tales casos no juzgan con la cabeza, sino con el corazón. El sentimiento, y no el discurso, fué la base del comun pensar, que consideró la memoria de los templarios al través de un prisma ideal y apasionado. Y no solamente el trágico fin de la órden, si que tambien los medios empleados para prepararle y consumarle, contribuyeron grandemente á tal resultado. La enormidad de los delitos á ella imputados hizo que se dudara de la acusación. Porque parecia fabuloso y punto menos de quimérico tan monstruoso conjunto de culpas en caballeros cristianos de buen seso y estimación. Y mas quimérico aun sería que una corporación erigiese en sistema las abominaciones mas absurdas, y reglamentase oficialmente los extravíos de la corrupción y de la impiedad. Por otra parte, los procedi-

*gloriam*, lanzándose en seguida al enemigo, hasta quedar muertos ó vencedores. A los cobardes se les quitaba la cruz, y sufrían duras é ignominiosas penitencias. Los colores del *Baucat* representaban los desigualdos para el traje de la órden por su regla, y significaban, el blanco la castidad, y el negro la dureza y tenebrosidad de la vida de los caballeros. (N. del A.)

15 DE MAYO DE 1835.

mientos tiránicos, usados en odio de la poderosa milicia, desvirtuaron á sus émulos. La delacion, el tormento, la hoguera, hicieron sospechosa la inculpacion, y dieron al proceso el aspecto de un sacrificio. Así sucede siempre que se violan las formas tutelares, sustituyéndolas con violencias ó malas artes. El juicio toma el aparato de una persecucion, la justicia aparece venganza, el castigo se convierte en martirio. Los desafueros de Felipe el Hermoso, las insidias de Marigny, su ministro, y el bárbaro suplicio de la plaza de San Antonio, hicieron mas en favor de la memoria del Temple, que la mejor y mas esforzada vindicacion. Quisieron hacer reos, y les convirtieron en victimas. Tal es el resultado de la profanacion de las leyes, de la conculcacion de los derechos de la humanidad, y del trastorno del orden moral en sus eternas bases.

Los pueblos tienen un buen sentido que hace las veces de filosófico para la formacion del criterio, y comprendieron el contraprinicipio existente entre la acusacion y los procedimientos. Pues cuando el acusador no deja defender ni da razon de culpa al acusado, todo el mundo recela que teme ser arrollado y desmentido en el debate. De aquí surgen la duda contra el vencedor, y la presuncion en favor del vencido. Entre esta y la idea de su inocencia, hay un paso muy corto y fácil de dar en tal disposicion de los espíritus: y tanto mas, que en estos problemas aconseja el instinto, de acuerdo con la natural inteligencia, inclinarse al pensamiento de inculpabilidad, y absolver antes que condenar. Así lo ha sancionado la ciencia del derecho. Y los hombres no podian pensar bien de un episodio en que la envidia fué acusador, el potro testigo, y las llamas el tribunal.

La historia vino despues considerando como punto enigmático y controvertible la condenacion de los templarios. Graves pensadores pusieron en tela de juicio literario el estrepitoso procedimiento, inclinándose ostensiblemente á la esculpacion de la órden. Y autores de peso proclamaron á los templarios victimas de la calumnia y de la iniquidad, á *rege importuno pariter ac impio* (1). La literatura hizo la caida del Temple asunto famoso, y le sacó á la pública espectacion en los libros, en los teatros, en las academias; llegando á prestarle el encanto de la poesia y de la idealidad. La cuestion de los templarios, en fin, se constituyó una de las páginas célebres en la historia de Europa.

Esta celebridad histórica y literaria, unida á las circunstancias que acompañaron el lúgubre destino de los templarios en la capital de Francia, preocupó favorablemente el sentimiento general. El Gran Maestre y sus caballeros en holocausto fúnebre inmolados sucumbieron protestando su inocencia y emplazando á sus jueces ante el tribunal de Dios. ¡La terrible prediccion de Jacobo de Molay se cumplió con espantosa puntualidad. El rey y el pontífice descendieron al sepulcro al tiempo prefijado en pos de los soldados de la cruz!...

El drama horrendo se transmitió de gente en gente con el colorido mas sentimental y romancesco. Pues prestándose mucho por sus accidentes sombríos y extraordinarios á las fantasías de la imaginacion, llegó á revestirse de apariencias maravillosas. Y el vulgo impresionable, que en tales casos se afecta por los que sufren, alucinado por su propia ilusion, conmovido por el canto de los poetas y el sentimiento de los artistas, y entregado á las inspiraciones de su corazon, acabó por hacer á los templarios héroes de una leyenda ideal y misteriosa, conservando su recuerdo en vaga y fascinadora poetizacion.

Ved aquí por qué se guardan con tan respetuoso afán los monumentos de aquella poderosa caballería, y entre los cuales descuella la antiquísima iglesia de *Ceynos*, que es para el arte una página preciosa, una verdadera celebridad.

Perteneciente á la Bailla de Villalpando, que dependia del Maestrazgo provincial de Castilla, su ereccion debe ser contemporánea, si no anterior, al establecimiento de la órden. Lo justifica el género de su arquitectura, que corresponde al *bajo gótico* en su primitiva representacion. Colocado el templo sobre una pequeña loma, al N. de la villa en su extremo límite, y cerca de la carretera general de Asturias, entre Medina de Rioseco y Mayorga, su aspecto exterior es tosco y humilde, á mas de roto y mal parado. Forma su planta un cuadrilátero, oblongo por la parte superior, fortalecido con botareles y pilastrones. En lo interior consta su alzado de una nave sostenida por medias columnas incrustadas en el muro y coronadas de toscos capiteles que sostienen un cornison informe, en el cual monta la bóveda ojival de sillares adquinados, y guarnecida para su encajonamiento con cintas elípticas de fuerte doblelaje. El templo se halla abandonado, y conserva únicamente cuatro retablos de mal gusto, en uno de los que hay cierta imágen de la virgen María, tallada en madera, y cuyo único mérito consiste en su dilatada antigüedad. Su traza es gótica, y debe ser contemporánea del templo. Da ingreso á este un arco *bizantino* sostenido por pilares lombardos, y se halla precedido por el vestibulo en forma de patio interior. Desemboca en él una capilla de forma cuadrangular y mérito notable. En su primer cuerpo tiene una

galeria de hemiciclos normandos mantenidos por cuádruple órden de pareados pilarcitos sajones, exentos y resaltados sobre las cuatro facetas de los machones internos, donde arrancan aquellos. Los pilares rematan en deliciosos capiteles de lo mas rico y delicado que puede hallarse entre los vestigios artísticos del Bajo Imperio. Las hojas son flexibles y graciosas como el acanto de Pericles, y trasluce la mollicie ática y el refinamiento romano en los tiempos mejores de la arquitectura pagana. Entre los caulículos hay aves primorosas, haciéndose notar particularmente dos pájaros con cabeza humana, y enlazados por las colas en original y simbólica actitud. Esta columnata da sobre el vestibulo, ofreciendo al templo un ingreso magnífico y dándole un carácter plástico verdaderamente monumental, segun demuestra nuestro dibujo, tomado desde lo interior del pórtico de la iglesia. Exornaban ese cuerpo de arquitectura varias estatuas de piedra, sobrepuestas á los haces de columnitas en su frente longitudinal. Se conservan únicamente algunas de ellas, aunque maltratadas por el tiempo y el abandono. Mas dicen sin embargo lo suficiente para colegir su buena escultacion para aquella edad. Los paños son duros, las posturas amaneradas, es cierto. Pero el arte de Fidias se perdió en las ruinas del imperio latino; y el cincel germánico, sin modelos y sin tradiciones, hacia bastante en estudiar paso á paso la naturaleza, y prepa-



rar la época de Cano y Berruguete. Los otros tres frentes de la galería estan cerrados por entrepaños de sillería, sobre los cuales hay frescos góticos casi borrados que representan santos de cuerpo entero, y cuya filiacion artistica se demuestra por las aureolas doradas que circundan sus cabezas. Las arcadas de estos muros no salen al exterior, excepto en el ángulo inmediato á la portada esterna, donde resaltan seis de los descriptivos medios puntos que corresponden con los del interior. En su segundo órden la capilla ostenta otra galería sencilla y cerrada, terminando en un cascaron ojival de sillería. La entrada pública de este adoratorio consiste en un arco semi-circular con pilares y juncos, que da sobre una escalinata, y recibe luz por un hermoso roseton calado de preciosas labores, que dan paso á los purpurinos rayos del sol naciente. Perteneció esta capilla á los señores de Alvires, que allí yacen sepultados bajo marmórea lápida. La torre está derruyéndose á todo andar. Su forma es cuadrada con dos pisos ventilados por arcos de su tipo, y remata en una cubierta piramidal de pizarra. Los pilares del vestibulo estuvieron pintados; pues aun se

(1) El cardenal Baronio, citado por Fejzó.

observan unas fajas de mal parado colorido que les circuyen en figura espiral. Las dimensiones del templo son estensas. Fué uno de los mayores de su tiempo, y sin duda debió tener grande importancia. Pero va desmoronándose día por día; y si existe aun, quizás nos deba la arqueología española su conservación.

¡A cuántas y cuán severas reflexiones se presta ese mal tratado monumento!... Las ruinas, los vestigios solitarios representan hoy aquella opulenta milicia que poseyera diez mil alcázares desde el Tabor á las columnas de Alcides!... Los señores de lugares, fortalezas y vasallos, los compañeros de armas de Alfonso VIII y Jaime el Conquistador, los soldados de las Navas y Valencia del Cid, los que tremolaron el oriflama español en las murallas de Cuenca, en los adarves de Sevilla y en los minaretes de Mallorca, los que estendian su vencedora espada desde Lisboa hasta Jerusalem... hoy son una sombra perdida en la noche de la eternidad! Ya el blanco manto de aquellos héroes no cobija la ciudad santa; ya no se oye su canto de victoria sobre el sepulcro del Señor; ya en fin su roja cruz no sirve de lábaro caballeresco á toda la cristiandad, y á su grito de batalla no se desplomaban las mezquitas de Ismael ni se regocijaban los collados de Sion!

A los templarios, sin embargo, no tanto les arruinaron sus émulos como su propia degeneración. La milicia creada en Palestina por Hugo de Paganis era pobre, ascética y humilde. Pero en la tierra todo se transforma y perece. Y el Temple no pudo resistir al tiempo y á la humana condición. Obedeciendo pues á la ley universal, la órden se desvió de su índole haciéndose opulenta, mundana y orgullosa. Estos fueron sus verdaderos vicios, y eran muy bastantes para obrar su aniquilamiento. La envidia les explotó con saña; pero la calumnia se mata por su propia exageración. En los anales de Francia existe no obstante aquel ominoso lugar. Y la España, tan deprimida siempre por aquella nación, presenta el sinodo de Salamanca como contraste honroso con la catástrofe de París.

V. GARCIA ESCOBAR.

## DON PEDRO FERNANDEZ DE FRIAS.

Fué arcediano de Burgos, obispo de Osma y Cuenca, cardenal de España, y gran privado de los reyes D. Enrique III y de su hijo Don Juan II.

Tuvo infinitos émulos y contrarios, y los historiadores de su tiempo aseguran que era mas astuto que sabio, muy pulcro y elegante en sus adornos y vestidos, amigo de sobresalir á todos en el lujo de su casa y mesa, y en cuanto hacia y ejecutaba.

Tambien convienen en el estremado estudio con que proferia cualquier palabra, por insignificante que fuese; y lo que no cabe duda es que manejó los negocios del Estado á su antojo y albedrío, y que se hizo poderoso.

Como constantemente estaba en pugna con todos ó casi todos los cortesanos, estos no cesaban de idear y de poner en ejecución infinitos medios para derribarle del encumbrado puesto á que se habia elevado, lo que consiguieron cuando menos lo esperaban. Es el caso, que estando en Burgos la corte riñeron muy mal, á presencia de D. Juan II, el D. Pedro Fernandez de Frias y D. Juan de Tordesillas, obispo de Segobia, y que algunos escauderos del primero, entendiendo que daban gusto á su amo, apalearon el mismo día al segundo; por cuyo motivo, y á pesar de que, segun el historiador del rey Fernan Perez, el escudero que pegó los palos á aquel le juró que no se lo habia mandado el cardenal, sino que él lo habia hecho por complacerle, se indignaron los ánimos, al menos en la apariencia: D. Diego Lopez de Stúñiga, justicia mayor, Juan de Velasco, camarero mayor, y otros muchos caballeros se querellaron del hecho, afearon y acriminaron en demasía el caso, hasta que por fin consiguieron que el rey, á pesar de su natural tibieza, mandase que el obispo cardenal permaneciese detenido en el convento de San Francisco, donde se hallaba hospedado. No se contentaron con esto solo los implacables contrarios del señor Fernandez de Frias, sino que no pararon hasta que por órden real le vieron marchar á Roma como desterrado, con pretexto de la determinación de su causa. Caido de su privanza, lejos de su patria, lleno de tristeza y de desconsuelo, solo y abandonado, aun de aquellos á quienes mas habia favorecido, y sin dejar escarmentados á los que como él fueron en épocas posteriores favoritos de nuestros reyes, falleció en Florencia el personaje que nos ocupa. Su cadáver fué trasladado á la catedral de Burgos, habiendo sido tan desgraciado aun despues de muerto, que su sepulcro, que el cabildo hizo se construyese debajo del crucero, en agradecimiento por haber mandado todos los ornamentos y tesoro de su capilla á dicha santa iglesia, no existe ya, con motivo de haberse demolido con otros al colocarse los cuadros en relieve de la pasion del Salvador, que hoy son la admiración de los inteligentes por el delicado

y minucioso trabajo que empleó el artista, y que parece exceder las fuerzas humanas.

El D. Pedro Fernandez de Frias fundó el magnífico y ahora abandonado ex-monasterio de Espeja, de la órden de San Gerónimo, á cuatro leguas del Burgo de Osma, que empezó á edificar á sus espensas en 22 de junio de 1431, y al cual dejó, al marchar á Roma, cincuenta mil florines, de cuya cantidad y de otros cincuenta mil que tenia guardados en la fortaleza de Cabrejas, que era suya, se apoderó el rey.

No tuvo mejores dicha y fortuna el obispo de Segobia, D. Juan de Tordesillas, pues que habiéndose quedado, segun los mismos historiadores contemporáneos, con el tesoro del rey D. Enrique III, y no pudiendo su hijo traerle á cuentas, se quejó al Papa; este cometió la averiguación de los hechos al arzobispo de Toledo y al obispo de Zamora, D. Diego de Fuen-Salida, y como tratasen de prenderle huyó en un buen caballo á Santiago de Galicia, de allí pasó á Portugal y luego á Valencia, en donde estaba Doña Catalina, hermana del rey, hasta que por fin acabó sus días fugitivo y errante.

REMIGIO SALOMON.

## LAS TIENDAS.

«Ay de tí, Madrid» decía  
San Vicente el de Ferrer,  
«Cuando todo seas tiendas  
En tu confuso Babel»  
BRETON DE LOS HERREROS.

No señor, no hay que cansarse; digan lo que quieran autores respetabilísimos en la materia, el flaco de las mugeres no es ni la curiosidad ni la afición á cortar á toda alma viviente, no digo sayos, sino capas de cor con dos varas de cola, ni su proverbial é innata volubilidad, ni aun su constante anhelo de aparecer siempre bonitas y de que alfombren su camino de flores y piropos: todos estos flacos son *peccata minuta*, átomos invisibles y globulillos homeopáticos, al lado de otro flaco, que ya de puro flaco es un gordo y gordísimo defecto, origen de mas de una reyerta conyugal y de mas de un rompimiento completo, que es el trueno gordo con que finalizan en el hogar doméstico las funciones de fuegos y luces de Bengala, alias palizas, peloterías y demás diversiones por el estilo.

Ya habreis adivinado que el flaco á que me refiero es el amor desmedido á los trapos, que son el anzuelo con que el enemigo malo, que ya sabe donde le aprieta el zapato, pesca á las incautas hijas de Eva; las verdaderas redes de Satanás, conocidas bajo los nombres de *casavés*, *capotas*, *foulards*, etc., etc., que forman un ejército mas numeroso que el de Jerjes y mas temible para los papés y maridos que todas las hordas de cosacos ó de beduinos del mundo.

Si nuestra glotona madre Eva hubiera vivido en el siglo XIX, apuesto tres contra uno á que la serpiente, en vez de tratar de seducirla induciéndola á que comiera una manzana, que por hermosa y madura que estuviera, al fin y al postre es una fruta de que en los tiempos presentes podria atracarse á costa de muy poco dinero, hubiera desplegado ante sus ojos un magnífico corte de vestido chiné ó algun pañolon de chinos de Manila, seguro de conseguir el mas satisfactorio resultado.

¡Felices tiempos aquellos en que toda la ambición de la muger se cifraba en una manzana! ¡Feliz mil veces Adán que nunca supo lo que eran volantes, ni talmas, ni terciopelos!

La *tiendomania*, hermana de la *dinermania* y tia carnal de la *vaporimania*, *polquimania* y demás genticilla menuda que ha venido en el siglo actual á sustituir á la *conventomania* y *oscurimania* de nuestros abuelos, es una de las enfermedades que ofrecen síntomas mas alarmantes para el porvenir.

Entiéndase que en el presente articulo solo hablo de las tiendas por excelencia, *di primo cartello*, de las tiendas revolucionarias en que se regenera la camisa ó el gorro de dormir, de las tiendas *logografifos*, que para solaz de los aficionados á las charadas ó al rompecabezas, lucen sobre su entrada grandes muestras con los letreros de *A las cinco ppppp* ó *A las dos rr, tres hkk* y *cuatro qxxx*.

Trata un propietario de levantar una casa; pues lo primero en que piensa es en abrir unas cuantas tiendecitas en la planta baja del edificio. El portal será un portal en miniatura, largo y estrecho como un espárrago; la escalera tendrá que recibir de lo alto algunos rayos de luz para que el que ascienda no reciba detrimento en la parte mas saliente de su persona; los habitantes del cuarto entresuelo gozarán del singularísimo privilegio de tocar el cielo con la mano; convenido; pero esas son pequenezes en que no repara el leonino gremio de caseros á trueque de tener por inquilino á algun almacenista de *bisuterías* ó á algun *confeccionador* de novedades para señoras y niños.

La sociedad, la moral, las luces del siglo, la economía política y

doméstica, y hasta el orden público piden á voz en grito que desaparecan esos focos de perdición y de lujo; que se destruyan hasta los cimientos, sin que quede ladrillo sobre ladrillo, cuantas tiendas encierra en su ámbito la coronada villa; que se pase el arado por sobre sus ruinas; que se siembre de sal el terreno que ocupaban; que... pero adónde voy á parar? ¿y qué iba á ser entonces de nuestras lindas prójimas, de esa mitad del género humano, madrileño sobre todo, que ya miro sublevada contra mí, y que cifra uno de sus mayores goces y venturas en ir de tiendas?

¡Ir de tiendas! frase mágica que las mugeres traducen por ir á la gloria, y los papás y maridos por ir via recta á S. Bernardino.

La muger va de tiendas con el mismo placer con que el estudiante va de vacaciones, el militar de capitán general á la Habana, el celoso cofrade de porta-estandarte en las procesiones, y el enamorado de facción hácia la casa de su amada.

En cuanto á mí, prefiero que me emplumen á ir de tiendas.

Las calles del Carmen, de la Montera y contiguas son los mares mas frecuentados por las urcas femeninas; cuyas aguas, efecto de sus innumerables bancos, sirtes y remolinos que hacen sudar la gota tan gorda á los desdichados timoneros, tardan á veces en surcar mas tiempo del que necesitó el pobre Cook para atravesar las heladas corrientes del polo.

Aquí la quilla tropieza en un aderezo de brillantes; allí el palo mayor se troncha al enfilarse el estrecho de *Cachena*; mas allá hace agua al doblar el cabo de *Madame Chavany*, ó vara en el banco de *Samper*. ¡Dichoso el barco que arriba al puerto sin averías gruesas, y mas dichoso el piloto que timón en mano logra que el baque no dé con él á pique!

Preciso es confesar no obstante que la muger tiene muy desarrollado lo que llamaria *Gall* el órgano de la compratibilidad, y es como decimos los españoles en nuestro castizo idioma, una *especialidad* para el ramo de compras. Recorre todas las tiendas, obliga al hortera á revolver todo el almacén, pide de lo mas caro aunque no haya de comprarlo, tiene buen cuidado de llamar *manchon* al manguito *paradesis*, el sobretodo y *trousseau* al equipo de novia, regatea hasta el último maravedí, y atraviesa por fin de fiesta la Puerta del Sol con grandes envoltorios en la mano (las mas veces lienzo casero), con aire triunfal y mas ufana que un cochero de alta clase en dias de besamanos, ó un teniente novato cuando vuelve de la parada al frente de su mitad.

Entremos, si te place, en esa tienda de modas en pos de la señora que va del brazo de ese caballero, que á juzgar por su cara mústia y compungida debe ser el esposo, y prácticamente veremos lo que hay de verdad en mi aserto. Oigamos la conversacion que se entabla entre el dependiente (suena mejor que hortera), el marido y la señora.

LA SEÑORA. ¿Diga V., tiene V. cortes de esos vestidos de moda con dibujos de oro?

EL DEPENDIENTE. Hará media hora que acaba de llegar una multitud de ellos de París, y ya no queda mas que uno.

EL MARIDO. (Aparte á la señora.) Pero eso tiene trazas de ser muy caro. ¿No habria otra tela mas barata?

LA SEÑORA. Calla, simple, ¿qué entiendes tú de telas ni de modas? EL DEPENDIENTE. La duquesa del Lirio me ha tomado dos cortes; la baronesita del Junco tres... V. quizá las conozca.

LA SEÑORA. Muchísimo. Saque V. el corte, á ver si nos arreglamos. El marido hace un gesto parecido al del infeliz á quien van á sacar una muela.

EL DEPENDIENTE. (Estendiendo la pieza sobre el mostrador.) Esto quita la vista; no hay en todo Madrid cosa mas superior.

LA SEÑORA. (Al marido.) ¡Mira qué bonito! ¡Qué dibujos tan preciosos!

EL MARIDO. Si, sí, muy bonito, pero me parece algo chillón.

EL DEPENDIENTE. Es la derniere: estoy seguro si VV. no se lo llevan de despacharlo á los cinco minutos.

LA SEÑORA. ¿Y el precio?

EL MARIDO. (Ap.) Aquí es ella.

EL DEPENDIENTE. Para no andar con rodeos se lo daré á V. lo mas barato que pueda, lo último, lo último en cuarenta duros.

EL MARIDO. (Ap.) ¡Fuego!

LA SEÑORA. ¡Cuarenta duros! ¿Está V. loco?

EL MARIDO. Hombre de Dios. ¿Está V. loco?

EL DEPENDIENTE. (Al marido.) Pero toque V., tiene muchísimo cuerpo, y es una tela riquísima.

LA SEÑORA. Yo conozco á una señora amiga mia que ha comprado otro idéntico por treinta duros.

EL MARIDO. (Dándole un pellizco.) No sueltes prenda.

EL DEPENDIENTE. Francamente, no puedo darlo bajo de los cuarenta.

EL MARIDO. (Agarrando del brazo á su señora.) Pues que V. lo pase bien.

LA SEÑORA. (Yéndose.) ¿Quiere V. treinta y uno?

EL MARIDO. (Ap.) ¡Santa Tecla!

EL DEPENDIENTE. No puede ser.

EL MARIDO. Vamos, vamos á casa, que es ya muy tarde.

LA SEÑORA. (Con la mano en el picaporte de la puerta vidriera.) A dos onzas es á lo mas que subo.

EL MARIDO. (Tratando de sacarla á remolque de la tienda.) Ya te ha dicho que no puede darla á ese precio: ¡qué pesadez!

EL DEPENDIENTE. Siento no poder complacer á V.

LA SEÑORA. Pues quede V. con Dios.

EL MARIDO. (Con el pié derecho fuera de la tienda.) Respiro.

EL DEPENDIENTE. ¡Eh señora! á treinta y ocho y cuartillo.

EL MARIDO. (Que retrocede dos pasos arrastrado por su señora.) Nada, nada; no se canse V.

LA SEÑORA. Dos onzas, y está bien pagado.

EL MARIDO. (Ap.) ¡Uf qué zarandeo!

EL DEPENDIENTE. Vamos, señora, vuelva V.; no quiero que su señor esposo pierda esta ocasion de hacerla tan bonito regalo.

EL MARIDO. (Ap.) ¡Ah infame hortera! qué ganas me dan de calentarte de lo lindo las orejas.

EL DEPENDIENTE. Porque es el último corte se lo doy á V. tan barato; no se lo diga V. á nadie.

Escusamos asistir al resto de la escena, el mas sangriento para el marido, pero al menos importante para nuestro objeto.

Conveniente me parece que tratemos ahora del origen de las tiendas, su nomenclatura, é influencia moral y social.

Allá entre los egipcios... ¡pero calle! ¿quién es el atrevido que abre la puerta de mi cuarto, y se me cuela de rondon?

—Señorito, esta esquelita han traído para V.

—Venga acá, muchacha.

Rafael, si quieres verme y obtener una respuesta satisfactoria, ven corriendo, y nos acompañarás á tiendas á mi mamá y á mí.

MARÍA.

Quedamos en los egipcios. Adios, lector mio, que me voy de tiendas.

RAFAEL GARCÍA Y SANTISTEBAN.

## MAS LARGO ES EL TIEMPO QUE LA FORTUNA,

POR

BERNAN CABALLERO.

(Continuacion.)

A esto seguia la lista de los vocales y presidente que habian compuesto el consejo de guerra.

—¡El! ¡él! murmuraba con asombro, ¡D. Gaspar! ¡él! ¡condenar al infeliz cuya inocencia le constaba! ¡pobre hermano, mas cruelmente asesinado que su padre! ¡pobre ser que se ha entregado indefenso á la fiera que le ha despedazado!

El capellan habia dejado caer su cabeza entre sus manos, y de cuando en cuando un sollozo hondo y seco desahogaba la opresion de su pecho. Dieron unos golpes á la puerta de su cuarto.

—No puedo ver á nadie, dijo con alterada voz el padre capellan; estoy indispuesto.

—Abra V., señor D. Gaspar, que soy yo, Bernardo, y me precisa hablarle, dijo una voz desde fuera.

El padre capellan, que conoció la voz del anciano amigo de su padre, serenó en cuanto pudo su semblante y abrió.

—Tio Bernardo, le dijo, sabeis la nueva desgracia con la que Dios me aflige y que no estoy capaz de ver á nadie.

—Todo lo sé, contestó el anciano; y mas de lo que cree su mercé; y así vengo á decirle que su hermano era inocente.

—Harto sé, repuso el capellan, que aquel infeliz era incapaz de cometer un crimen; pero tales han sido las apariencias, tal su inercia en defenderse, que la verdad no ha podido hacerse luz.

—Su hora le llegará, D. Gaspar, repuso el veterano.

—Y será tarde, gimio el capellan dejándose caer en su sillón.

Esta será la pena que amargue lo que me queda de vida, señor, dijo el tio Bernardo, por cuyas atezadas mejillas se resbalaron las dos primeras lágrimas que habia vertido aquel hombre cuya entereza rayaba en estoicismo. Pero ese José no parece sino que era el primer interesado en que se cumpliera su desgraciado sino. Le habia encargado que lo primero que hiciese si llegasen á prenderlo fuera avisarme, y es lo primero que no hizo. Dios lo crió corto de luces, y en su aislada vida se acabó de entumecer.

—¿Pues qué, lo visteis despues de haber desertado? preguntó el padre capellan con ansia.

—Si señor, contestó el tio Bernardo; pero escuchadme, que todo os lo voy á referir. Desde que cundió la voz que era José el matador, dije yo que no lo era, y me las mantuve hasta con el juez que me mandó llamar; no tenia mas razon que alegar, sino que conocia á ese infeliz, que no era capaz de matar ni á una mosca, y que esta conviccion era mas fuerte que cuantas pruebas me pusiera delante. Mis sospechas tenia yo de quien fuese el reo, porque tambien lo conocia de atrás; pero no podia aventurarme á nombrarlo sin una prueba que á ello me autorizase.

—¿Pero á quién sospechais de ese atentado? preguntó el capellan clavando los ojos en su interlocutor.

—Un alma de Cain que vos no conoceis, padre; esa es harina de otro costal, y saldrá á amasarse á su vez; todo se andará si la sogá no se quiebra. Habia yo recogido cuando la desgracia el perro de mi padre, que era valiente y fiel como de buena casta. Un dia que pasaba por la abandonada venta, el animal se paró en la puerta y se puso á ahullar lastimosamente; por mas que lo llamaba no queria seguirme ni desviarse de la puerta; preciso será, pensé para mí, abrirle para que se desengañe que su amo no está allí. Abríle la puerta, que por aquel entonces aun estaba en su lugar, y el animal entró presuroso. Anduvo las estancias como buscando, y parándose de cuando en cuando pará alzar su cabeza y dar ahullidos, hasta que llegando á un rincon en el que solia dormir sobre un monton de paja, sacó entre esta un giron de tela que se puso á despedazar con rabia. Me tiré á él y le arrebaté aquel giron, que al examinarlo hallé ser la tira de un pantalon, que desde luego discurri habria arrancado aquel valiente animal al asesino al verlo acometer á su amo. Conociase que el perro habia saltado á la cintura del dueño de aquel pantalon, porque desde allí estaba arrancado el pedazo, el que tirado con violencia se habia rajado hasta abajo; en un lado habia una pequeña faltriquera, y en esa faltriquera habia una carta.

—¿Una carta! exclamó agitado el capellan.

—Si señor, una carta: aunque era de amores y nada aclaraba, tenia el sobre; y esto bastaba, que una chispa enciende una llama grande.

—Tio Bernardo, exclamó el capellan levantándose y cruzando sus manos sobre su cabeza, ¿teniais en vuestras manos su salvacion, y habeis dejado morir á un inocente!

—Aguarda su mercé, señor, que no he acabado, repuso el tio Bernardo con calor, oid hasta el fin y juzgad despues. Al pronto, continuó el anciano, no supe qué hacerme. José andaba prófugo por desertor, y no habia podido ser hallado, y otro tanto sucedia al reo; pensé que si ese malvado llegaba á saber que era acusado, seria capaz de matar á José para que nunca pudiese atestiguar contra él. Así discurri que era mas precavido guardar esta prueba de su culpa hasta que fuese preso, y de esta suerte imposibilitado de cometer una nueva maldad. Tenia encargado á un escribano prometiéndole un buen estipendio que me avisase cuando viese en los papeles la prision del uno ó del otro, á pesar que siempre estuve en el entender que aquí serian traídos para seguirles la causa; mas ambos parecian haber caído en un pozo, porque pasaron los años sin que nada se supiese ni del uno ni del otro. Andaron el tiempo, lleváronme unas diligencias de que fui encargado á Ronda, y desde allí tuve que andar algunos pueblos; un dia que me habia internado en el monte tras una liebre, me hallé con un cabrero en el que con sorpresa reconocí á José.—Muchacho! le grité, ¿tú por aquí?—Si señor, tio Bernardo, me contestó sin alterarse; pero no se lo diga V. á nadie, no sea que me quieran volver á llevar al regimiento á ponerme casaca y corbatin.—¿Y tú desertastes solo? le pregunté.

—No señor, con otro; pero no puedo decir quién es, porque así me lo pidió, y se lo prometí por el alma de mi madre.—Bien está, no te lo pregunto, le repuse; pero dí, hombre, ¿qué hicieron ustedes al desertar?—Nos vinimos á la sierra de Algar, contestó; al anoecer mi compañero me mandó pedirle pan á unos pastores que yo conocia, porque estábamos desfallecidos.—Ya, dije, ya estoy; ¿y qué hicieron ustedes despues?—Aguardamos la noche, me contestó José, y entonces fué mi compañero á ver á mi padre por si nos queria socorrer.—¿Y por qué no fuiste tú? le pregunté.—Porque mi compañero dijo que mi padre se pondria fuera de tino si me veia desertado.—¿Y no te pidió nada tu compañero?—¿Qué me habia de pedir? Pero sí; recuerdo que me pidió mi navaja y un pañuelo que no me devolvió ni yo le pedí, porque cuando vino estaba desatentado, habiendo visto á unos de la partida que nos venian persiguiendo; me trajo el pobrecillo ¡Dios se lo pague! mi ropa de pastor, que le pidió á mi padre, diciéndome que me la pusiera y me metiese por los breñales de la sierra, que él iba á tirar hácia la raya de Portugal, y aquí estoy.—¿Y no te dió parte de lo que le dió tu padre? le pregunté.—¿Qué habia de dar mi padre! ¡dar! ¡ya iba! Nada le dió; eso bien se lo previne yo antes que fuese á pedirselo.—Es que tu padre no tendria dinero, hombre, le dije.—Si señor; ¡vaya si

tenia! y mas de cien onzas de oro tambien, que yo las cuqué.—¿Y le dijistes esto á tu compañero?—Si señor; pero á la par le dije que antes se le arrancaba á mi padre el corazon que sus onzas, y así sucedió.—Oye, José, ¿y no te dijo tu compañero que tu padre habia muerto?—¡Maria Santisima, señor! ¿pues qué, se ha muerto su mercé?

—Mis temores tenia yo que aquel condenado hubiese podido pervertir á José, porque al fin dice el refran que la sangre se hereda y el vicio se pega; pero hizo el cuidado esta pregunta con tanta sorpresa y dolor, que si aun me hubiese quedado dudas sobre su inocencia, se hubiesen desvanecido. Si, hombre, le dije, murió. Entonces José se puso á llorar á sollozos; lo consolé cuanto pude, y acabé por decirle que veria de lograr su indulto; pero que si entre tanto era reconocido y preso, le encargaba que lo primero que hiciese fuera darme aviso, lo que me prometió; despues de lo cual nos despedimos. Apenas habia andado unos pasos, cuando me volvió á llamar.—Tio Bernardo, me dijo, en la pared de la cabecera de la cama de mi padre, pegado al suelo, hay un hoyo en donde tenia mi padre emparedadas sus onzas; sáquelas V. y mándele á decir misas al pobrecito de mi alma.—Bien está, contesté compadecido de ver cuán ajeno estaba el pobrecillo de la espantosa realidad y del tremendo cargo que, gracias á las astucias endemoniadas del otro, sobre él pesaba. Vuestro padre fué el muerto, prosiguió el tio Bernardo presentando á D. Gaspar la tira del pantalon que contenia la carta; aquí teneis la condenacion de su verdugo.

El padre capellan alargó bruscamente la mano para asir lo que le presentaba su interlocutor; pero la retiró con un movimiento de horror.

—Envolvella de nuevo en los papeles en que la guardábais, le dijo; y mientras el tio Bernardo cumplia con despacio el encargo, el padre capellan se paseaba en un violento estado de agitacion por la estancia.

—Ya está, dijo al fin el anciano alargando un bien envuelto bulto al capellan; mas este, parándose ante su interlocutor, pálido y alterado el semblante, pero con una mirada inspirada, le dijo:

—Los muertos solo necesitan sufragios; guardad vuestra prueba condenatoria; yo la rehuso.

—Señor, exclamó el anciano, ¿no deseais que se castigue á un criminal?

—No, puesto que esto ya nada remedia.

—¿Y os parece poco que se sepa la verdad? ¿no quereis revindicar la memoria de vuestro hermano?

—¿A qué? repuso con abatimiento el capellan.

—A borrar la ignominia que deshonra vuestra familia, que aunque pobre, tiene patente de honrada.

—Mi familia se estingue en mí.

—¿Y vos quereis cargar con el sambenito, señor?

—Yo, tio Bernardo, no permanezco aquí donde me conocen; pienso agregarme á las misiones de China, de las que pocos vuelven.

—¿Y la justicia? ¿la vindicta pública, señor?

—Sus ministros tiene, tio Bernardo.

—¿Pues qué, perdonarais?!!

—Haré lo que pueda para lograrlo, y lo primero será no tratar de perseguir al reo.

—Señor, dijo con una mezcla de respeto y de impaciencia el tio Bernardo, eso es ser santo.

—No; es simplemente levantar la mano en las cosas de la justicia mundana, en las que no quieris intervenir; y no creais que sea preciso ser santo para esto; la sola sabiduria humana lo enseña; pues un poeta indio ha dicho: «la virtud perdona al malvado, como el sándalo perfuma el hacha que lo hiere.»

—El padre de su mercé decia que tenia José sangre de horchata, y quiéreme parecer que esta es la de toda la familia, padre capellan; si yo supiera dónde habia de dar con el reo, habia de llevar su merecido; y mas le digo á su mercé; que creeria cumplir con mi deber de hombre honrado, arrancando la máscara á un bribon.

—Cada cual tiene ó entiende los suyos á su manera, tio Bernardo, contestó el capellan; pero difícil será que deis con él; que desaparecido desde diez años, estará expatriado ó muerto; rogad mas bien por su alma ó por su conversion.

—Señor, dice el refran que á carrera larga nadie escapa; y ahora que no puede dañar, no he de parar hasta que dé con él; que con viento se limpia el trigo y los malos con castigo.

—Si con buscarlo y acusarlo cumplis con vuestro deber de hombre honrado, al perdonarle cumplis con una virtud de cristiano, tio Bernardo.

—¿Por vida de sanes! exclamó el anciano, eso es perdonar sin tino, señor, y maldades hay que no lo merecen.

—No hay culpa esceptuada en el gran precepto del perdon, tio Bernardo.

—Pues señor, repuso el veterano con energia, yo no estoy como su mercé con un pié en el cielo, y le aseguro que si doy con ese bribonazo, por la leche que mamá que ha de pagar sus delitos; ¿y creeis, padre, que me condenaré por eso?

—No digo eso, amigo Bernardo, no digo eso; he espresado mi sentir sin acriminar el ajeno; pero ¿á qué discurrir sobre este asunto, cuando es casi una imposibilidad que halleis al que creéis reo?

—¿No hallé á José? repuso con viveza el anciano.

—Fué una gran casualidad, tío Bernardo.

—Es que hay casualidades que parecen providencias, señor Don Gaspar.

—Considerad que diez años cubren con un espeso velo lo pasado.

—Señor, dice el refran que *mas largo es el tiempo que la fortuna*; se hallará; y si lo hallo, de Dios le venga el remedio. Por lo pronto voy á llevar mi deposicion al juez, dijo el anciano alejándose precipitadamente.

Una mañana estaban reunidos el general y su hermano mayor en el despacho del primero, que habitaba una hermosa casa en una de las calles principales de Madrid. El general parecia abogar con calor por alguna cosa que su hermano reprobaba, y ambos vivamente interesados en su contienda.

—En ninguna época como en la nuestra, decia su hermano al general, se han visto hombres colocarse en primer término y figurar, ya por su riqueza, ya por su rango, ya por su preponderancia política, ya por sus escentricidades, sin que se haya averiguado ni el rincón oscuro de donde salieron, ni las circunstancias que les sirvieron de escalones para subir; mancomunados el misterio en que se envuelven estos improvisados personajes con el que me se dá á mi de una sociedad que vive al día sin cuidarse mas que de lo presente, lo pasado queda sin huellas, como el rastro de un barco entre las olas del mar. Se ha filtrado tanto esta tendencia, se ha generalizado á tal punto este divorcio con lo pasado, este desden por la cuna, este olvido indiferente hácia aquellos á quienes debemos la existencia, nuestra crianza y nuestro nombre, que es poco frecuente oír á los hijos en general, y á los encumbrados en particular, recordar á sus padres con aquel cariño, aquel respeto, aquella veneracion que les es debida solo por serlo.

—Hermano, contestó el futuro suegro del coronel, es tendencia general de los ancianos la de enaltecer el tiempo pasado, deprimiendo el presente; no quiero seguirte en este monótono carril.

—Cierto es que así sucede á ancianos y no ancianos cuando se trata de las malas tendencias que dominan, y cada era tiene las suyas propias, porque la humanidad, así como las naturalezas son y serán imperfectas, por mas que los filósofos regeneradores y los modernos Hipócrates se afanan en querer perfeccionarla; si curan una enfermedad moral ó física, aparecerá otra nueva, y siempre morirán igual número de vivientes con otras enfermedades, y aparecerán malas tendencias con otros giros. Esto ha sido, es y será siempre; accion, reaccion, como si fuese la gran aspiracion y respiracion del mundo.

—¿Y todo esto, repuso el general, para venir á caer en que desapruebas el casamiento de mi hija con el coronel Guerra?

—Es muy cierto, hermano.

—¿Y sin mas razon, prosiguió el general, que la de no conocer á su padre, á su abuelo y á su tatarabuelo?

—En parte sí, puesto que han de ser los de sus hijos, que serán mis sobrinos y herederos.

—Son unos ricos hacendados de Zahara, y su apellido es ilustre.

—No hay apellido ilustre sin filiacion; me he informado por conducto fidedigno, y he averiguado que si bien existen individuos de ese nombre allí, que son pobres jornaleros, que han tenido un hijo, que en 18... fué embarcado como soldado para América, y que estan en la persuasion de que su hijo ha perecido, pues nunca mas han vuelto á saber de él. El coronel dice que sus padres han muerto: ¿ahora bien, qué te parece de renegar así de sus padres porque son pobres?

—Seria horrible si fuese cierto.

—¿Y qué te parece, hermano, el decirse hijo de ricos propietarios siéndolo de pobres jornaleros?

—Seria ridiculo si fuese exacto.

—¿Me darás pues la razon si desapruebo este enlace con un hombre que une al feo borron de descastado tan miserable vanidad?

—Hermano, no creo en tus noticias; mas dado caso que fuesen ciertas, ¿son estas debilidades humanas suficientes para contrapesar las muchas otras ventajas que hacen del coronel Guerra una boda conveniente, si nó lucida? Su carrera es brillante, su mérito es incontestable.

—Bien está, bien está; esto es en su vida militar; ¿pero y en la privada?

—No hay uno de sus compañeros que nó haga de él en este punto elogios; además, es rico.

—Sí, dijo con amarga sonrisa el anciano, fortuna hecha al juego.

—Eso es pecado venial en América, hermano, repuso riéndose el general pasiblemente afectado, y no pudiendo dejar de defender á su presunto yerno.

—¿No digo! exclamó con amargura el anciano; lo pasado es el surco en el mar; ¿qué extraño es que se pierda la vergüenza, si hoy día,

aun personas tan virtuosas y llenas de pundonor como tú se constituyen en quita-manchas de las mas feas?

—Pero, hermano, [dijo con triste inquietud el general, mi hija lo quiere.

—Tu hija es una excelente y dócil niña que no se habria dejado ir á su cariño, si te hubieras opuesto á él.

—En este momento entró radiante el coronel, el que halló como de costumbre frio y seco al hermano del general: este en cambio se esforzó en indemnizar á su futuro yerno de este visible desvio con muestras de afecto y de cordialidad que le prodigó.

No habia pasado un cuarto de hora cuando dieron unos golpes á la puerta del despacho.

—Adelante, gritó el general.

Abrióse la puerta, y apareció en el quicio un anciano aseadamente vestido con el traje de campesino andaluz.

Bernardo! por fin vinisteis! gritó el general, apenas lo vió, arrojándose hácia el recién entrado y echándole los brazos al cuello: cojiéndolo en seguida por la mano, lo arrastró tras de sí al interior del despacho y presentándosele á su hermano y al coronel; aquí tenéis, dijo, á Bernardo, mi fiel y valiente salvador al que debo la vida; mirad, añadió desviando las cejas de la sien del que llamaba su salvador, mirad esta cicatriz que estampó el sable del enemigo; aquí está imborrable la prueba de su lealtad, como lo está su recuerdo en mi corazón. ¿Pero cómo te va; amigo? ya veo que los años han pasado sobre tí como sobre un robusto roble, sin haber hecho mas que platear tu cabello y curtir tu enérgico semblante.

—Señor, contestó el anciano, de salud no me va malamente, y de ánimo lo mesmo, pues aunque mis tramejos paso, no me amilano, que pesadumbres no pagan trampas. Su mercé Usia sí que está arrogante: ¡ya! como que tiene diez años menos que yo; ya sé que su Esclencia se ha casado y tiene hijos como pimpollos: sea para bien.

—Ya los verás, Bernardo, ya los verás; ¿y los tuyos? ¿y tú muger?

—Señor, mi muger está tan encojida y arrugada que parece una castaña pilonga; los hijos, uno sirve al rey, los demás estan casados y con un elemin de hijos.

—Bernardo, tú no te separas ya mas de mí.

—Señor, ¿y cómo dejo á la muger?

—Te la traes.

—¿Qué, señor! mas fácil es traerse á la cartuja; allí esta endiosada entre los hijos y los nietos, y con mas raices que una cepa.

—Pues bien, voy á fincar, y no te faltará buena colocacion; tus trampas cuéntalas desde ahora entre los muertos; aquí tienes, añadió el general señalando al caballero anciano, á mi hermano, de quien tanto te hablaba, y aquí, prosiguió señalando al coronel, al que va á ser mi yerno.

Al ver al antiguo asistente, D. Victor Guerra habia mudado de color, habia hecho un movimiento para tomar su sombrero y alejarse; pero reflexionando con su acostumbrada presencia de ánimo que el encuentro con ese hombre no era fortuito, y que debería repetirse diariamente en lo sucesivo, sostenido por su siempre triunfante audacia y por la confianza de que no era posible que fuese reconocido, habia vuelto á sentarse al parecer tranquilo, y leia un periódico. Al oírse presentar por el general á su antiguo asistente, levantó con arrogancia la cabeza, que inclinó ligeramente para saludar al reciénvenido.

Pero apenas lo hubo fijado este, cuando se pintó en su abierto semblante el mas profundo asombro, y no pudo desviar la vista de aquel rostro pálido y altanero.

Entre tanto el general se habia levantado y tocado la campanilla.

—Llévate, le dijo al criado que entró, á este huésped que me ha llegado; que se le sirva de almorzar y se le atienda como persona de mi propia familia; anda á descansar, Bernardo, añadió, que en seguida quiero presentarte á mi muger é hijos que ansian por conocerte; y empujando por el hombro al anciano que continuaba absorto, le hizo seguir al criado.

—¿Cómo se llama ese coronel? preguntó al criado el tío Bernardo.

—D. Victor Guerra: ¿lo conocéis?

—Juraria que sí, contestó el huésped; pero por entonces no era coronel, ni se llamaba D. Victor Guerra; pero como de esto hay tiempo, antes de afirmarlo quiero cerciorarme de si es el mismo.

El tío Bernardo no habia podido pasar un bocado; á poco se habia levantado, y con pretexto de ir á buscar sus alforjas al meson habia salido; pero no habia pasado del portal, en el que parado, y con una mirada ardiente y ansiosa, aguardaba al parecer algo que conmovia todo su ser. No podia aun dar crédito á sus sentidos al reconocer en el coronel al asesino del ventero, é iba á valerse de una treta para cerciorarse de la verdad.

Al cabo de media hora se oyeron pasos por la escalera; el anciano levantó su ansiosa vista y vió bajar al que esperaba con toda su arrogancia. Retiróse á alguna distancia ocultándose en la sombra.

Apenas traspasaba el coronel el último escalon, cuando oyó una voz que decía:

—¡Juan Luis!

El coronel volvió instantáneamente la cabeza.

—No has olvidado tu nombre, exclamó el tío Bernardo poniéndose frente al coronel; Juan Luis Navajas, ladrón, asesino; lo que si parece olvidar en tus postizas grandezas, es que la verdad adelgaza y no quiebra.

(Concluirá.)

### A UNA COLONDRINA.

Vuela, vuela, dichosa golondrina,  
Que acompañaste en el pasado estío,  
Del desvelado misero vecina,  
Las largas horas de sediento hastío.

Vuela; mas antes de lanzarte, espera  
Al mar huyendo del cercano hielo,  
Que aun te guarda por ver en la ribera  
Una ciudad encantadora, el cielo.

Donde nunca la niebla enturbia el día  
Ni se agostan las flores del verano,  
Ni enciende el aire tempestad bravía,  
Ni anhela el pecho por amor en vano.

Tente, descansa allí sobre la parda  
Torre que altivo levantó el alarbe;  
Ahora al vulgo codicioso, tarda  
En rendir á la edad el ancho adarve.

Y acaso entre sus piedras carcomidas  
Que salpican del mar olas inquietas,  
Verás blancas ventanas escondidas  
En la yerba que dan las hondas grietas.

Y allí encerradas cual en alto nido  
Las tórtolas se encierran amorosas,  
Si con vuelo llegaste no sentido  
Verás mugeres como nunca hermosas.

¡Hijas del mar! Como la riza espuma  
Que traen las olas en sonoro alarde,  
Arde el rayo del sol, rota la bruma,  
El rayo así de sus miradas arde.

Ojos que son reliquia peregrina  
De la belleza de las madres moras,  
Rasgados, las pupilas como endrina  
Negras, y en pura luz abrasadoras.

Suelto el talle, copiosos los cabellos  
Que en el color al ébano escarnecen,  
Tersa la tez que miente en sus destellos  
Flores de aquellas que á las plantas crecen.

¡Ay! no tiendas sin ver tanta hermosura  
De nuevo al aire, golondrina, el vuelo,  
Y recuerda al mirarla mi ventura  
Pasada, y piensa en mi presente duelo.

Y di, mas que decirlo te dé enojos,  
Diles, oh bella, á las que miras bellas,  
Que amor no siento sino al ver sus ojos,  
Ni siento dicha sino cerca de ellas.

Y díles que primero enflaquecida  
Sus piedras soltará la antigua torre,  
Que la ronca tormenta de la vida  
De mí el recuerdo de sus nombres borre.

Y primero contigo tus hermanas  
Cuando el invierno se desate impío,  
Sus nidos dejaran en mis ventanas  
Do eterno azota Guadarrama frío.

Que de mí se separen sus memorias  
Y el pátrio amor de su ciudad moruna,

Y olvide sus dulcísimas historias  
En desdichada ó próspera fortuna.

Y cuando vuelvas á habitar mi techo  
Con los calores del futuro estío,  
Dime, que anhela por saberlo el pecho,  
Si oyeron gratas el recuerdo mío.

ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO.

### ANTES, AHORA, DESPUES.

(A VICENTE BARRANTES.)

ANTES.

—Almas ¿á dónde volais?

—Donde el gozo nos convida.

—¿Vais á la muerte?

—A la vida.

—¡La vida! ¿Y tan presto vais?

—El gozo y la paz, en ella

esperan nuestra llegada.

—¿Sabeis de lo que es morada  
esa morada tan bella?

AHORA.

—¿Qué buscan esos mortales  
con anhelar tan ardiente?

—La paz del alma doliente!

Sus ensueños celestiales!

—¿Tú qué pides?

—El honor.

—¿Qué buscas tú?

—La victoria.

—¿Y tú?

—Yo anhele la gloria.

—¿Y tú?

—La fé del amor.

—¿Y pensais encontrar tanto?

—Y mas.

—¿Así lo creeis?

Entonces ¿por qué verteis  
furtivas gotas de llanto?

DESPUES.

—¿A dónde vais de esa suerte?

—Huyendo vamos del suelo.

—¿Y á dónde volais?

—Al cielo.

—¿Y á quién llamais?

—A la muerte.

Ella se mueve á piedad

por el alma que suspira:

ya hemos visto la mentira...

¡Queremos ver la verdad!

ANTONIO ARNAO.

### SONETO.

(Á MI AMIGO EL SEÑOR D. JOAQUIN JOSÉ CERVINO.)

Lloró *Juanita* toda una semana  
Porque Gil la dejó, galán ingrato,  
Y quemando sus cartas y retrato  
Vió deshacerse su esperanza vana.

Huyó galas, paseos y ventana,  
Y de tierna amistad el dulce trato,  
Halló el *canal* á sus pesares grato  
Y en fósforos pensó ¡Miserá Juana!

Mas subiendo una tarde hácia el *Retiro*  
Encuétrase á Tomás. ¡Jesús que gozo!

A entrambos el amor lanza su tiro.

El la mira bajándose el embozo,

Ella sonríe y clama en un suspiro

«¡Ya tengo otro por fin! ¡y es mejor mozo!»

Abril, 1835.

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

(La buena estrella, tomada de *les etoiles* de Grandville.)**GRANDVILLE Y SU ÚLTIMA OBRA.**

Entre los pintores que en la última década han adquirido gran reputación en París y en casi todo el mundo por sus ilustraciones llenas de ingenio y perfectamente ejecutadas, se encuentra Juan Ignacio Isidoro Gerard, conocido como artista con el nombre de I. J. Grandville, á quien se puede considerar, si no como inventor, al menos como primer maestro de este arte. Pocos artistas han logrado tanta popularidad como él, y con razón; pues ¿qué pintor hubiera representado los vicios, el ridículo, las pasiones y las costumbres de su tiempo con tanta delicadeza y verdad como él lo hizo en sus innumerables composiciones, siempre nuevas y llenas de propiedad?

Grandville era un artista especial: así es que al momento le encargaron los trabajos de los periódicos ilustrados y otras obras de lujo. Ilustró las fábulas de Lafontaine, de Florian, los cantos de Beranger, el Gulliver de Swift, el Robinson de Foe y los notables cuentos de Gerónimo Pafurot. Pero bien pronto, llevado de su inagotable y ardiente

fantasía, dejó de seguir con su lápiz plumas estrañas, y empezó á escribir libros propios en su lenguaje figurado. Así tenemos las *escenas de la vida privada de los animales*, los *cien refranes*, los *pequeños disgustos de la vida humana*, que hicieron mucho ruido en su tiempo, y finalmente, las *flores vivas*, su obra favorita, para la que agotó todos los recursos de su ingenio, de su originalidad y de su gracia poética.

Apenas habia acabado Grandville este herbario de las mas agradables flores, cuando ya pensó en otras creaciones. «Mira, dijo un dia á su muger, hace ya tiempo que tengo la vista fija solo en la tierra; voy pues á dirigirla ahora al cielo.» Y en el mismo dia empezó á formar el bosquejo de *las estrellas* que debia ser la última obra de este genio infatigable. Efectivamente, al poco tiempo, y todavía en edad regular, le atacó una grave enfermedad, en la que solia decir á un amigo: «Créeme, Guiand, siento que tendré que hacer pronto allá arriba mis estudios sobre las estrellas;» y no se engañaba, pues algunas semanas despues era ya cadáver.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra.